



Vittorio de Sica.

Completando este ciclo informativo se estreña también en los cines españoles una de las últimas obras de este director: «¿... Y cuándo llegará Andrés?» (película que, entre otras cosas, fue la anunciada en el cine Amaya, de Madrid, cuando se anunció la retirada de «La prima Angélica»).

Esta tragicomedia de De Sica se adscribe a una línea en la que, esporádicamente, el director intenta mostrar la permanencia del neorealismo (en 1964 intentaría igualmente hacerlo con «Matrimonio a la italiana»). «¿... Y cuándo llegará Andrés?» juega a dos niveles con la atención del público; por un lado, se describe la obsesión de una mujer por ser madre, y con ello se da pie a un sinnúmero de situaciones supuestamente divertidas, en la línea del cine «picante» italiano y español. Por otro, De Sica, de la mano de Zavattini en el guión, intenta dar a esa obsesión una dimensión más profunda: la frustración de una vida condicionada por el miedo, la mediocridad, el medio ambiente en términos ecológicos, la participación en un sistema de vida del que se discuten sus bases principales (y la contradicción aquí es más amplia en cuanto los protagonistas son maestros y deben respetar el esquema de una enseñanza contra la que en principio deberían luchar), es lo que determina en los no realizados padres la necesidad de crear un nuevo ser en el que expresar un fresco y posi-

tivo concepto de la vida.

De Sica, sin embargo, se ve obligado a quedarse a medio camino. Su servidumbre a la comedia mal entendida le obliga a pasar por encima de lo que probablemente considere el sentido primordial de la película, y la necesidad de insistir en este sentido, le impide desarrollar la alegre comedia que un determinado público busca. Sería injusto, de todas formas, no considerar «¿... Y cuándo llegará Andrés?», como uno de los títulos más relevantes de la confusa trayectoria del realizador. Y marginando su responsabilidad de autor, sería injusto igualmente no ver en esta obra un título digno, curioso y de interés en la condicionada evolución de un cine sujeto a presupuestos «comerciales». ■ DIEGO GALAN.

Un estreno falso y un estreno anónimo

Se anuncia en Madrid el estreno de «Prisión», de Bergman, que, sin embargo, ya había sido estrenada (también en versión original) en 1970. A este dato hay que añadir el que la copia que se exhibe se encuentra en pésimas condiciones: saltos continuos de imagen impiden seguir la proyección de la película con un mínimo de posibilidades de comprenderla. A pesar de todo, el engaño fundamental se encuentra en el hecho de que, anunciada con sustitutos en español, la pelícu-

la carece prácticamente de ellos, hasta el punto de que el público asistente no tiene más remedio que abandonar la sala o dedicarse a patear de indignación. A cambio de cien hermosas pesetas, nada de lo que se le promete se le ofrece.

Inútil por lo tanto entrar ahora a discutir o comentar los aspectos más profundos de la película de Bergman. Dado que éstos fueron ya expuestos por Fernando Lara con motivo de su auténtico estreno (TRIUNFO, núm. 419), prescindamos ahora de ellos.

El motivo de este comentario es indirecto. Junto a esta lamentable reposición de la película de Bergman, se proyecta en el mismo local madrileño el cortometraje de Miguel Ángel Díez, «Lola, Paz y yo», que en principio, y al margen de cualquier otra consideración que merezca, debía haber corrido mejor suerte que la que le espera estrenado en estas condiciones.

No suelen ser habituales los comentarios a los cortometrajes. El limitado espacio que los críticos tienen en sus secciones de periódicos, suelen ser engullidos en su totalidad por los largometrajes de turno; a ello hay que añadir que la escasa publicidad que los cortos suelen tener suele repercutir incluso en los críticos, que no llegan siquiera a contemplar los cortos. Valga, pues, esta cita de «Lola, Paz y yo» como compensación a tanto comentario olvidado.

La película de Miguel Ángel Díez no es, por

supuesto, una obra acabada. Se trata más bien de un ejercicio de escuela («de estilo», que se decía antes), donde el director muestra su sabio oficio narrativo y su inteligente disposición a los diálogos frescos y verosímiles. A mi juicio, «Lola, Paz y yo» tiene en esta muestra su principal aspiración, y no debería buscársele lo que no pretende.

Creo que este corto presenta una posibilidad narrativa para el cine español, desgraciadamente marginada generalmente por éste: la de que la anécdota narrada tenga en los actores sus principales artifices, que sean ellos los que se muestren a sí mismos, en sus propias motivaciones y su propio lenguaje. Esta fórmula permite un acercamiento inmediato a la realidad, al menos en su expresión más evidente. Que más tarde este contacto sirva para profundizar en ella o para mantenerse sólo en la superficie, es algo que escapa como análisis a este corto, sujeto a los estrechos márgenes de extensión propios del género. Pero no es despreciable que, frente al rebuscamiento en que solemos caer los que, con regularidad o circunstancialmente, nos hemos vinculado a la vida del cortometraje, «Lola, Paz y yo» proponga esta frescura de expresión, válida como punto de arranque.

No hay que lanzar, sin embargo, las campanas al vuelo. Ni «Lola, Paz y yo» desmiente el valor de otros cortometrajes anteriores, ni propone la única fórmula posible de acercamiento a nuestra realidad.

Pero es inteligente su exposición anecdótica a partir de un lenguaje directo que llega a interesar al espectador desde el primer momento; y esto, en un corto, es importante. Si Miguel Ángel Díez tiene ocasión de continuar su trabajo, podrá hablarse con más juicios de su pretensión más profunda. De momento, sólo cabe reseñar este saber captar en pocos minutos las sutilezas de unos personajes trazados en sus aspectos más generales. ■ DIEGO GALAN.



Weather Report: sinfonías de la tierra y el espacio

Cuando Weather Report vio la luz del día, la insistencia de la publicidad en destacar los nombres de los jazzmen conocidos que formaban el grupo (Alphonse Mouzon, Joe Zawinul, Wayne Shorter, Miroslav Vitous, Airto Moreira) proporcionaba munición a los ataques de los más desconfiados. Hasta cierto punto, era lógico rechazarlo como otro conglomerado —recordemos los lanzamientos de Dreams y Compost— pergeñado por los habilidosos hombres del Departamento de Marketing de CBS, ansiosos de explotar conjuntamente el mito de los supergrupos con la moda del jazz-rock. Pero las hipótesis estaban justificadas en este caso: discos y actuaciones han ido demostrando que Weather Report es una de las agrupaciones más importantes que hayan aparecido durante los últimos tiempos en el jazz o el rock. Los intentos de buscar una denominación adecuada para su música (space funk, synthesizer jazz, etcétera) revelan que estamos ante una banda

que elude clasificaciones convencionales por lo universal de su visión y la originalidad de sus conceptos.

Es necesario hablar de «conceptos», pues Weather Report no ha estado libre de polémicas internas, motivadas por la dificultad de compaginar sus escapadas etéreas con sus paseos más viscerales. Las dimensiones entre músicos orientados a un extremo u otro se han notado en el corazón del grupo, la sección de ritmo, por donde han pasado casi una docena de nombres. Actualmente, de la formación primera solamente permanecen Shorter y Zawinul, que han reivindicado para sí la dirección del grupo. El balance Mente-Cuerpo se ha inclinado a favor de este último; no es que hayan renunciado a su vertiente más cerebral o que hayan restringido sus fantasías (una de las sorpresas de su última gira fue la especialísima interpretación que Zawinul hizo del «Sophisticated lady» elingtoniano), pero el énfasis en los ritmos es una señal de su ambición: llegar al gran público negro. Shorter contaba recientemente cómo, después de una actuación, se le acercó una muchacha que le pidió disculpas en nombre de los verdaderos aficionados al jazz, recriminando a los sectores del público que se pusieron a bailar durante el concierto. El saxofonista respondió: «¿Estás loca? Nos hubiéramos sentido ofendidos si no lo hubieran hecho».

«Mysterious Traveler» (CBS S 80027) es el cuarto álbum del grupo; se trata de la evolución orgánica de su obra anterior con abundantes indicios de que el potencial de Weather Report sólo ha comenzado a ser desarrollado. Ocurre que el primer tema, «Nubian Sundance», nos presenta un panorama tan profuso que los oídos no lo pueden absorber a la primera escucha, tal vez debido a que la tecnología actual para la reproducción de discos (al menos, en lo referente a



«Lola, Paz y yo», de Miguel Ángel Díez.